

# Los papeles inéditos de Gloria García sobre la esclavitud

—• Por Mildred de la Torre Molina •—



Esta exposición solamente abordará algunas ideas ilustrativas de los caminos emprendidos por Gloria García Rodríguez (1941-2013) durante sus últimos años de vida. La publicación de sus ensayos, artículos y libros inéditos queda pendiente como empresa necesaria y útil para el desempeño científico de sus estudiosos, continuadores y lectores, en general.

Durante sus últimos tres años, Gloria estudió sistemáticamente las actuales tendencias historiográficas del mundo académico. Resultan de interés sus observaciones críticas a la especializada en el abolicionismo paternalista, por su infeliz inclinación hacia la filantropía en detrimento de una objetiva apreciación multidimensional de los valores espirituales de los esclavos, negros y mulatos, en general, cuya mayestática posición, fuese conservadora o radical, ha lastrado los enfoques totales sobre la esclavitud: victimarios vs. víctimas; cerebro pensador vs. movimientos conspirativos y sublevacionistas. Tendencia enfrentada por Gloria en sus dos principales obras publicadas<sup>1</sup> y presente en sus proyectos lamentablemente inconclusos.

Para ella, algunos estudios realizados durante las tres primeras décadas después del triunfo revolucionario de 1959 se caracterizaron por una polisemia temática de carácter profundamente humanista. Hay alientos, intenciones y mucho empeño en saldar las injusticias derivadas del racismo y las discriminaciones en general. Así lo revelan los aportes de Miguel Barnet, Leovigildo López Valdés, Argeliers León, Isaac Barreal, Calixta Guiteras, entre otros, en el terreno de la etnología, y los José Luciano Franco,<sup>2</sup> Raúl Cepero Bonilla, Pedro Deschamps, Rafael Duharte, Raúl Aparicio, Abelardo Padrón, por solo mencionar algunos.

En el orden de las ausencias y necesarias profundizaciones historiográficas, Gloria señaló la asistematicidad de las investigaciones sobre la trata legal negra. Recuérdese que sus primeros aportes contribuyeron a destacar la importancia de este aspecto vital de la sociedad esclavista. Reconoció la impor-

tancia de los estudios de Mercedes García sobre los finales del siglo XVIII e insistió en su continuidad. Otro aspecto es el contrabando de esclavos, cuyo comportamiento queda mucho más por explorar. Su sospecha sobre la preeminencia de un tráfico superior al declarado por los hacendados le hizo acumular información que, por desgracia, no tuvo tiempo de procesar.

Valoró altamente la inclusión de la historia social y cultural en los estudios sobre la esclavitud.<sup>3</sup> Además de mencionar la impronta de Genovese en las nuevas visiones historiográficas cubanas, destacó las nuevas visiones sobre la íntima sociedad esclavista. En especial, era obsesivo en ella demostrar la capacidad de los siervos para “remodelar” el sistema, vencer sus avatares y crear un *modus vivendi* dentro de él, sin el uso del consabido movimiento sublevacionista. Es en este aspecto donde se detiene al subrayar los significativos aportes de la nueva historiografía en torno a los lazos familiares, el matrimonio, la sociabilidad y el asociacionismo, la vida cotidiana, los hábitos y costumbres, y las exigencias de los derechos civiles de los esclavos, mulatos libres y blancos, tal como lo demuestran los mencionados Franco y Deschamps, a diferencia de las visiones de Manuel Moreno Fraginals en su monumental obra *El Ingenio*.<sup>4</sup> No menos trascendente resultaron sus valoraciones sobre los aportes de los dos primeros en relación con los movimientos políticos de los negros y mulatos libres junto a la población blanca. Su énfasis en este aspecto, de relevancia epistemológica, está estrechamente vinculado a sus apreciaciones sobre la sociedad esclavista como régimen abierto o con fisuras, pero nunca cerrada, como lo concebía Moreno Fraginals.

En este último sentido, Gloria incorpora a sus estudios la cultura como parte, y no como complemento, del análisis histórico. De ahí sus elogios hacia Jesús Guanache en lo etnológico, y a María del Carmen Barcia, Aisnara Perera, María de los Ángeles Meriño, Carmen Montejo y Aline Helg en lo his-

tórico social. Cuando se detuvo en los procesos de la trata negrera y en el empeño por lograr su historicidad, indicaba que el punto de partida era el estudio minucioso de las culturas en África. No se puede hablar de sincretismos desconociendo sus orígenes en el continente negro. De ahí la importancia de llegar a ellos sin edulcoramientos ni prejuicios, y sin desconocer, por supuesto, el sincretismo como proceso interno de enriquecimiento continuo. Acopió un notable volumen de expedientes sobre la Conspiración de la Escalera, como hecho real y demostrable. Pese a defender una tesis contraria a la de Franco, no hubo disquisiciones peyorativas hacia quien, con justicia y vehemencia, puso su inteligencia y labor al servicio de la emancipación de los negros y mulatos. Llamó la atención en torno a la escasez de estudios sobre el período 1840-1868 y, sobre todo, el relativo al de la primera guerra independentista. En este sentido, elogió los esfuerzos de José E. Abreu Cardet, Ada Ferrer y Aline Helg.

Gloria no renunció a su principal quimera epistemológica: la construcción de una sociedad total. Huyó de los reduccionismos y las parcelas, sin dejar de defender las especialidades. Su visión sobre la sociedad incluyó a sus males pasados y actuales, entre ellos la violencia. Intentaba demostrar que la Cuba dieciochesca y decimonónica estuvo bien lejos de ser la descrita por los viajeros de entonces: plácida, tranquila, organizada, entre otras características, sino signada por la violencia verbal y extra-verbal, fruto de la esclavitud y del régimen centralizado y autoritario colonial. También la fuerza posibilita el rompimiento de semejante condición política. La violencia no era potestativa de los movimientos armados, sino también del ejercicio gubernamental.

Retornando a su obsesión por demostrar la aptitud de los negros y mulatos esclavos y libres, y las posibilidades jurídicas del régimen esclavista para la manifestación de las protestas civiles de dicha masa poblacional, Gloria, en un breve artículo titulado “En busca de sus derechos: los esclavos y la ley” (para el libro colectivo *Afro-Latin America: Rethinking Identity. Politics and Culture in Cuba, 1812-1912*, enviado en mayo del 2013), devela la presencia de múltiples formas de protestas esclavas, además de la consabida cimarronería y sus palenques, los paros, las fugas dentro y fuera de las fincas, entre otras variantes, exigiendo el respeto hacia las pocas leyes que los amparaban; así como el derecho a cultivar sus conucos los domingos, mejores condiciones alimentarias y de vestuario, reducción de las jornadas laborales, higiene en los barracones, trato adecuado, eliminación de los castigos corporales, posibilidad de cam-

biar de amo o ser alquilados, por solo señalar los más significativos.

Otra cuestión interesante, cuyos rastros buscaba afanosamente en las fuentes documentales, era la relativa a los vínculos solidarios entre los siervos con las poblaciones libre, esclava y blanca de las zonas urbanas. Gloria prueba la cultura jurídica y política de los esclavos y libres, sin que necesariamente mediara su “alfabetización” por parte de los “cultos blancos e ilustres tribunales”.

Al referirse a la cultura popular tradicional, no lo hizo solo pensando en las manifestaciones artísticas o de carácter religioso, sino también en los anteriores comportamientos frente a la realidad que les tocaba vivir. La llamada tradición de lucha es algo más que el combate armado o la protesta ideopolítica de carácter programático, para insertarse en la cotidianidad de las formas de intentar cambiar el sistema de vida.

Dentro de sus últimos trabajos se encuentran algunas reflexiones en torno a las relaciones familiares y de parentesco. Tomando como punto de partida las apreciaciones de Moreno Fraginals sobre el



esclavo como exclusiva unidad económica, Gloria las refuta e indica caminos hacia nuevas indagaciones investigativas. Ellas son las referidas a las características del matrimonio en la dotación, sus reservorios en bohíos y locaciones, el padrinazgo en concordancia con el origen étnico, la crianza de los niños separados de las madres, la amistad y las relaciones fraternales, los códigos morales, el adulterio y la fuga en los mismos predios económicos, y otros aspectos que intentó esbozar en el breve artículo titulado “Esclavitud y relaciones familiares” (2013).

En una ponencia que presentó a un evento científico en 2007 (sin que sea posible hoy precisar dónde), ella volvió a insistir en el problema identitario del esclavo como sujeto portador de iniciativas conductuales propias. Critica a los que intentaron probar una falsa inocencia en quienes, con justicia e inteligencia, supieron defender sus derechos como seres humanos. El clandestinaje, la organización de redes asociativas, los vínculos con el extranjero (EE.UU., Jamaica, Haití, etc.), la propaganda, los reclamos judiciales, el uso de las actividades festivas, etc., dan la medida de una personalidad trascendente que excluye cualquier consideración sobre “subalternos”, “víctimas”, “los de abajo” y demás términos y conceptos onerosos hacia quienes también edificaron la nación cubana. Gloria insistía en que no se trataba solamente de una cultura de “resistencia”, sino de movimiento político activo y vanguardista.

En esta oportunidad he insistido en que el período más estudiado por Gloria García es el de los finales del siglo XVIII hasta los inicios de la década del cuarenta del XIX. Sin embargo, existen dos referentes interesantes, también inéditos, que abordan el debate económico después de la abolición de la esclavitud hasta los inicios del XX: el libro *La economía entre siglos* (en poder de la Editora Historia con vistas a una prometida edición) y un interesante artículo titulado “Tecnología y abolición”, donde realiza un pormenorizado estudio económico y social sobre el costo de los patrocinados, los proyectos de las élites políticas e intelectuales en relación con la fuerza de trabajo libre —incluyendo a los exesclavos e inmigrantes—, los intereses de los emancipados frente a los nuevos horizontes que se les avecinaban y la vida cotidiana de los empobrecidos del país. También ofrece criterios sobre las exigencias investigativas en torno al tránsito de la sociedad esclavista a la capitalista. En este esfuerzo científico hay presencia de la historia económica y social. Los métodos estadísticos, sus razonamientos y la explotación de las fuentes, fundamentalmente primarias, dan fe de ello. A lo que se suman sus miradas hacia una regionalización del fenómeno abolicionista.

Con motivo del bicentenario de la conocida conspiración de Aponte —para Gloria “movimiento revolucionario”—, participó en varias conferencias y eventos científicos, situando “al rojo vivo” algunos elementos dignos de nuevas indagaciones científicas. El primero de ellos es el relativo a la religiosidad católica de Aponte. Según ella, carece de evidencias documentales, en tanto no se encontraron pruebas en los registros policiales realizados en su casa, la supuesta filiación yoruba del conspirador. El segundo está vinculado con su alfabetismo, cuestión no potestativa de él, sino de una buena parte de la población libre, aunque no lo admitieran, y su cultura de artesano pintor, lector de Cervantes, de los clásicos españoles, la enciclopedia francesa y la Biblia. De esta última también conformó una dirigida a los negros y mulatos. Fue un indiscutible conocedor de la historia universal. En el libro de pinturas de su autoría se registra la imagen de una india como símbolo nacional, es decir, no de una negra o un negro, un español o una española. Y el tercero, la calidad del movimiento revolucionario, su extensión y organización en una buena parte del país basándose en el secretismo y el clandestinaje.

Como puede apreciarse, Gloria no se detuvo en lo consabido: si Aponte era independentista, el primer patriota de Cuba, abolicionista radical, padre de la patria libre, etc., sino en los elementos intrínsecos del fenómeno: la organización interna del movimiento, su extensión y posibilidades de éxito; los elementos espirituales nutrientes del liderazgo; la movilidad de la sociedad cubana de entonces; el comportamiento de los libres y esclavos frente a los problemas cardinales de la colonia; la vida y la muerte; la sociabilidad de las comunicaciones en tiempos “sin internet”, es decir, el valor de los rumores, etc. Quién delató, quiénes reprimieron, las conductas políticas de los gobernantes y de la élite intelectual, la Iglesia y otros sectores de la sociedad, no fueron objeto de su interés, sino el mundo cultural que condenó a Aponte y a todos los siervos de entonces, fuesen o no conspiradores. Así se revela en su arrolladora ponencia titulada “El mundo espiritual de José A. Aponte” (2012).

Otros estudios, comprendidos en esta etapa —la favorita de Gloria—, continúan abordando el movimiento insurreccional urbano. Llama la atención un esbozo de artículo (2011) titulado “Un santero en dificultades. El motín de los lucumíes en 1835”, donde analiza la religiosidad de los implicados en el barrio de Jesús María, en La Habana, sus exigencias para el mejoramiento de la vida cotidiana, sus hábitos, pertenencia al batallón de pardos y morenos, enfermedades, jolgorios, etc.

La Conspiración de la Escalera constituyó su último esfuerzo investigativo. Prácticamente, estuvo laborando en el tema alrededor de cuatro años, aunque con anterioridad mostró algunos acopios. Su proyecto incluía las rebeliones esclavas de los ingenios matanceros Alcancía y Triunvirato.

Estaba totalmente convencida de la existencia de una conspiración delineada y articulada. Por lo tanto, discrepó de José Luciano Franco en lo concerniente a que fue un pretexto gubernamental para liquidar la presencia activa, en las diferentes esferas sociales, de los sectores populares, y el auge de los movimientos sublevacionistas y filantrópicos, estos últimos procedentes de la élite intelectual. También cuestionó a quienes, como Vidal Morales,<sup>5</sup> descalificaron la capacidad de los negros para orquestrar un movimiento de semejante envergadura.

Sus investigaciones le permitieron realizar varios artículos cortos, algunos que dejó inconclusos, donde valora los expedientes consultados y reproduce las declaraciones de los implicados. Entre ellos están “El enigma de La Escalera”, “¿Cabildos de nación en la plantación azucarera?” y “Plácido”. Sobre estos dos últimos, vale la pena destacar que en ellos desmonta la exclusividad de los cabildos urbanos en sus vínculos con las conspiraciones y acepta la hipótesis de Plácido como conspirador, aunque admite la urgencia de nuevas empresas investigativas.

En este breve recuento sobre los últimos quehaceres de Gloria García resulta insoslayable enfatizar en una de sus más conocidas obsesiones: *La filosofía de la historia*, cuyos valores e importancia son de todos conocidos. Baste recordar que durante sus años al lado del maestro Julio Le Riverend, tanto en el Archivo Nacional como en el Instituto de Historia, organizó múltiples seminarios internacionales en los que participaron académicos del campo socialista europeo y de España, Francia e Italia, con el marcado propósito de asumir críticamente y socializar las experiencias foráneas en ese sector del saber científico. A ello deben sumarse sus lecturas comentadas sobre libros, ensayos y artículos con todos los que tuvimos la suerte de compartir los escenarios de entonces. Esa práctica la acompañó hasta el final de sus días.

Gloria no se detuvo en una determinada parcela del conocimiento. Albergó las ciencias sociales en su totalidad. Finalmente, se apasionó con la historia cultural y sus métodos y teorías, así como la de los conceptos. Lo interesante del asunto es que lo aprehendido se apreciaba automáticamente, de forma creadora, en lo que escribía. En un ejercicio continuo de recepción y aprendizaje, volcaba sus ideas, propias y profundas, con la vehemencia del profesional consumado, en múltiples cuartillas sustentadoras

de su inmanente diálogo con la creación científica. En su papelería están sus monólogos con la historia y su filosofía.

En uno de sus breves artículos, titulado “La lucha antiesclavista y la lucha política” (2010), hay una presencia de lo antes expuesto. Gloria nos dice, con toda razón, que los historiadores políticos acostumbran valorar a los movimientos de lucha, sobre todo los de los trabajadores, sean libres o esclavos, desde el ángulo de sus aspiraciones, del régimen gubernamental y del orden jurídico, desconociendo, sin mayores profundizaciones, sus incidencias en la sociedad, presente y futura. Se preguntaba si después de la conspiración de Aponte, de la Escalera y de cuantos movimientos de rebeldía se llevaron a cabo, algo o mucho había cambiado la sociedad cubana. Entonces, dice ella, los análisis pueden correr la suerte de la perfección interpretativa.

En su artículo “De la revolución conceptual a la revolución política: Cuba, 1775-1830” (2009) hizo gala de lo antes expresado, al abordar la historicidad de los conceptos *patria*, *independencia*, *soberanía* y *república* con el marcado propósito de llamar la atención sobre las incidencias de los contextos históricos específicos en la reformulación de las ideas.

Los valores éticos de la obra de Gloria García conformaron los de su vida. Supo respetar a todos sin excepción, más allá de sus relaciones personales. Veneró su profesión como a su propia vida. Ninguna conducta humana, a favor o en su contra, laceró su íntima convicción de que el trabajo honesto siempre merecía un justo lugar en el mundo intelectual. Degustadora de la inteligencia y los valores humanos, supo admirar y querer a quienes ostentaban tales honorables cualidades. Delicada en extremo, jamás injurió a sus detractores ni tampoco los pasó por alto. Supo responderles con la dignidad de su existencia. Ayudó, apoyó, asesoró a todo el que lo necesitó sin límites de tiempo y lugar. Nunca creyó merecer ni deseó gratificación alguna, aunque no por eso dejó de sufrir las exclusiones de las que fue víctima. Le dolía, eso sí, cualquier tipo de injusticia, más allá de su propia vida y recibió, post-mortem, el Premio Nacional de Historia

Su escritura hermosa, delicada, íntimamente femenina, penetrante, aguda, conmovedora, devela a una escritora de altos vuelos literarios. Cuando se le lee, por duro y árido que fuese el tema o asunto, se siente la presencia de un ser excepcional. Su imagen física, inmutable, hosca a veces, se desvanece ante la sabia que escribió, desde la historia, una de las más brillantes páginas de la historiografía cubana. Junto a los reivindicables, entregó su destino de mujer noble, para suerte de estos tiempos.



Notas:

1 Gloria García: *La esclavitud desde la esclavitud. La visión de los siervos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003; y *Conspiraciones y revueltas*, Editorial Oriente, La Habana, 2003.

2 Obviamente, a Franco lo valoró de forma integral, desde sus estudios publicados durante la república burguesa y a partir del triunfo revolucionario.

3 Destaca los importantes análisis de María del Carmen Barcia, Aisnara Perera, María de los Ángeles Meriño, Oilda

Hevia, Alejandro de la Fuente, Orlando García, así como de Mercedes García, Fe Iglesias, Laird Bergard, Rebecca Scott, Manuel Barcia, Olga Portuondo, Martha Silvia Escalona, Gisela Gálvez, José Novoa, entre muchos más. Lamentablemente, no conoció los aportes de Elda Cento y de los más recientes estudios regionales.

4 Manuel Moreno Friginals: *El Ingenio: complejo económico-social cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 3 t.

5 Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, 3 t.

